

Ilustración

PEDRO ROTH

Artista plástico argentino nacionalizado (n. en Budapest) contemporáneo

Corría marzo de 1944. Budapest, aliada al Eje es sospechada de colaboracionista de los aliados y ocupada por Alemania bajo la "Operación Margarethe". Pedro Roth de seis años y su madre por ser judíos fueron ingresados al gueto de Pest. Su padre enviado a trabajos forzados huye una noche para ver a la familia. Pedro recuerda que a esa edad un policía en busca del evadido le apoya un arma sobre la sien. El padre se entrega. Jamás volvería del holocausto de Auschwitz. Su tío, Matías, cae prisionero combatiendo contra Rusia. Frente al pelotón de fusilamiento el oficial encargado de la tarea se avizora que es judío como él, entonces salva su vida. Los sobrevivientes de la familia al terminar la guerra se exilian en la Argentina. Aquí Pedro se desarrolla como cineasta, fotógrafo, artista plástico, escritor, humanista.

–Pedro, tus obras reflejan las contradicciones del hombre, pero en ellas veo color, vida, esperanza. No se observa en tu pintura un ser oscuro, el que hizo decir a Adorno "no se puede escribir poesía después de Auschwitz". Las figuras que creas son luminosas.

–Somos seres inmersos en las imperfecciones. En sus variables el hombre ejecuta la existencia. Odios y afectos permiten que se perpetúe en dominar y construir las ilusiones de acuerdo a su potestad. En la teología cristiana hasta Dios sufre. Entonces nos apiadamos de él, haciéndonos cargo de nuestra imperfección por encima de la génesis incierta, incomprendida.

–Ante la naturaleza el hombre es una criatura contradictoria. Un mal sueño del universo. Odiamos a quien quita la ilusión. Transcurrimos por los grises del dolor.

–Nos hemos acostumbrado a disfrazar el dolor, camuflarlo. El amor termina siendo una gradación del sufrimiento.

–Pedro, en tu idea, esa transformación hacia otra posibilidad del ser es el periplo del que hablaba Kierkegaard: ética, estética, espíritu. Lo de Simone Weil con su "No se desea la realidad más que para amarla en la verdad".

–El hombre ha madurado, necesita de una nueva historia, más creíble, un nuevo mundo en el que vivir, una nueva eternidad en que creer, la "recompensa" es ser eternos, sin miedo a la muerte. El misterio sigue ahí, incólume.

EL HOMBRE BUSCA LA FELICIDAD EN LO ABSOLUTO

Solo el que llega al fondo de las cosas mundanas puede ser esencial, porque alcanza a desprenderse de la ira. Porque ha traspasado el dolor y los deseos. Ya no es solo presente. Sabe que volver a penetrar la esperanza es retornar a los tiempos inválidos. A los momentos en



SIT

Acrílico sobre tela, 70 × 100 cm, 2013



SIT

Acrílico sobre tela, 70 × 100 cm, 2011

que se consume incandescente la vida descarriando a la conciencia. Llegar al extremo de lo esencial es interpretar la plenitud de la soledad. Aceptar que no somos sino una tendencia a existir que no termina de cristalizarse. Muda como el fuego, nunca se sabe qué forma ostenta. Nuestra pequeña magnitud en el inmenso cosmos nos da una rara sensación de eternidad. No interpretamos que al abismo lo miran siempre ojos distintos. Efímeros. Apenas un relampaguear en lo infinito. Somos una distancia a todo, al principio y

al fin de lo que percibimos. Al miedo y a la omisión. Traspasando la desdicha está lo esencial, aceptar la indiferencia brutal que nos contiene en un espacio incomprensible. Esta geografía es la eternidad con el último atisbo de conciencia. Antes de ser nada, aún nos queda un resplandor de angustia para aquilatar que somos el centro de la nada. Una potencialidad de ser sustentada en un conocimiento ubicado en un delgado equilibrio entre la propia conducta y las fuerzas ocultas del cosmos. Seremos escombros perdidos en la tragedia que jamás pudo imaginar el demiurgo más distraído. Lo que perderemos irremediablemente es lo que jamás deberíamos haber adquirido: el pensamiento. Hasta aquí la creación era tolerable.

Llamamos imperfección al estado natural que necesita el mundo para existir. Si no, ¿cómo hacerlo? Ella ha sido el orgullo del hombre para mantenerse. En ese contraste persiste. Lucha para no perder la existencia, porque la inmortalidad no se pierde, solo no se tiene conciencia. Se acumula decepción desde que el acto consciente percibe la realidad del mundo. Entonces desviste la inocencia natural del nacimiento. Aporta a un egoísmo que, escondido en las entrañas, se mimetiza con una necesidad de vencer en las aspiraciones por encima del prójimo. Nos entregamos a la decadencia de explotar a nuestros "otros", de acelerar la fatalidad contra la naturaleza.

El hombre actúa con una necesidad instintiva en la que no le importa dejar los escombros a los pies de su propia historia. El propósito es olvidarse de quien es, inundar su decepción íntima con conquistas fatales. Se suceden las generaciones con una necesidad creciente de treparse a triunfos y honores, desprovistas de toda lucidez, empecinadas en llevar la inestabilidad emocional hasta quedar aisladas de lo natural. Su auténtico éxito es procrear, mantenerse sobre la tierra, edificar sobre el barro donde yacen todas las huellas de sus ancestros. En ese fango acelera su proceso hacia un aislamiento mayor. El hombre no progresa, se hunde en la ignominia de transformarse en verdugo de sus propios hijos, pero no tiene remordimientos, sino el afán mesiánico de ocupar el papel de un demiurgo aunque no pueda crear un nuevo origen ni comprenderlo. Solo husmear en la naturaleza tratando de imitarla. También de destruir lo que su ignorancia no alcanza a comprender el porqué de lo que existe. El hombre no inventa al mundo, intenta condenarlo al no aceptar la ignominia de su pequeña conciencia.

No entendemos al cosmos, tampoco el sentido de la vida. La rebeldía a esta desesperación es la decadencia, con la cual el hombre actúa compulsivamente. En el universo se ha transformado en un juguete epiléptico. ¿Quién le dijo que debía ser un profeta o llevar la doctrina de un código universal? Animal enfermo de lujuria, los últimos ojos humanos que vean el universo lo contemplarán arder, mientras se hunde en la tierra a la que hizo barro. El hombre no puede explicar nada, por eso quizás acometa contra sí mismo. La historia y su proyecto son espejos en los que registra la imagen del presente. Sabe que en la pos-historia hallará los mismos desperdicios que muestra su experiencia.

La esencia del hombre ha sido siempre el mismo calvario para sobrevivir sus días. Para lograr que el sol de la mañana lo reinvente y que los crepúsculos le otorguen el descanso para volver a sus utopías al despertar. El hombre ha soportado esta existencia buscando el

adjetivo a la esencia. Así, como el astro que se quema y sobrevive en su propia declinación, se consume en esas aporías que le permitan los calificativos de lo esencial.

La inteligencia no nos hace felices. El candor se logra a través de la exaltación reflexiva, y del intermedio entre esta y el afecto, territorio en pugna que nos duele y place. Y que según su inclinación hace soportable la existencia o despreciada. El afecto a veces nos ata a la tolerancia y en otras nos precipita al abandono. Por ser inexacto, se transforma en un culto. Cuando se convierte en un absoluto negativo o positivo termina en el deterioro. La exactitud le quita misterio, sentido de lucha, pero no tolera, por otra parte, impurezas. El amor en el tiempo se deprecia porque revela la inevitable aleatoriedad del hombre. Esa incertidumbre le da profundidad, una biografía basada en la esencia de los actores. Un sello personal en relación con la naturaleza de la que estamos hechos. Solo los idealistas piensan que el amor no fluctúa, se desmorona y surge en un cielo interminable. Su perpetuidad es fantasía, quizás impuesta para que pueda surgir y no morir de sospecha antes de nacer.

El pasar turbulento, caótico del universo, es una impronta en todo el contenido de la materia. Sus fuerzas persistentes de destrucción y autoorganización constituyen una incesante batalla en la que todo se transforma. El hombre no escapa a esto. A pesar de su imaginación y de sus lágrimas, del dolor de ver evaporarse su ser y los afectos, su analogía con lo natural es fatal. No existe otra salida que ser consumido en este fuego y en el que hemos colocado lo teológico, como un enorme lienzo para el llanto. Vivimos en medio de ese fuego y de su polvo sin intimidarnos con nuestros actos, en la creencia de pensarnos externos al destino. De ser superhombres en medio de la destrucción. No podemos evitar actuar fuera de "ser y estar ahí", la única dignidad que podríamos blandir. En cambio, solemos honrar al hombre que procrea, piensa y aniquila siempre con antinomias hacia otros hombres y al orden natural.

La luz de Rembrandt es un destello. El contraste son las sombras que rodean a la claridad en la suprema intención de hallar a Dios en forma de hombre. En Rubens las figuras danzan en la luz. Esta es celestial. Se derrama desde el abismo, vestida de principio elemental. En los impresionistas la luz se aferra a cada sombra, a cada objeto. El hombre es bien y mal al mismo tiempo. Gloria y tragedia. Santo y pecador. Un mundo que desde la propia conciencia se edifica en su interior. En ella Dios es un principio contradictorio. Desprovisto de piedad, Dios es la misma tierra donde el hombre se debate para perdurar con sus propias contradicciones. El mundo que se nos impone es una expiación. Los santos se apartan de él para tolerarse. Las sombras yacen al lado de las virtudes. El combate entre conciencia y necesidad disputa cada acto humano. El esfuerzo es hermano de la angustia y de la injusticia, pero ya hombres, no pueden apelar. La obra de Pedro Roth transita expresionista pero exenta de desquite, de esa revancha hacia el inicio de su existencia. Las propias máscaras de sus personajes los delatan, redimen y exaltan. Entonces puede escribir "Las verdades mutaron en científicas... El misterio se volvió lo no descubierto y lo que no se aclara es solo cuestión de tiempo. Es difícil encajar en este mundo para un artista".

Jorge C. Trainini